



Diálogos Latinoamericanos
ISSN: 1600-0110
au@au.dk
Aarhus Universitet
Dinamarca

Chalupa, Jirí

El Gaucho y el Comerciante. Dos modelos político-económico-sociales de los primeros tiempos de la independencia latinoamericana

Diálogos Latinoamericanos, núm. 19, 2012, pp. 5-33

Aarhus Universitet
Aarhus, Dinamarca

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16229034001>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El Gaucho y el Comerciante. Dos modelos político-económico-sociales de los primeros tiempos de la independencia latinoamericana

Jiří Chalupa¹

Abstract

The article analyzes the bases and results of Rosas' regime in Argentina and Portales' political system in Chile. The author compares and evaluates the Chilean and Argentinian solution to the chaotic situation that occurred after the expulsion of the Spaniards from Latin America. It seems that the two apparently very different regimes of Argentine dictator Juan Manuel de Rosas and the Chilean statesman Diego Portales hide a surprising number of similar or even identical elements.

Key words: Latin American History, 19th century, Argentina, Chile, dictatorship, democracy

*Un tropel de tiranos surgirá de mi tumba, y cada
un será un Sila y un Mario y ahogará en sangre
sus guerras civiles.*

Bolívar en su carta a Sucre²

¹ Dr. Profesor titular en Historia en las Universidades Univerzita Palackého, Olomouc, (República Checa) Univerzita y Mateja Bela, Banská Bystrica (Eslovaquia)

² Madariaga, 1951: 523.

Hace doscientos años ocurrió uno de los hechos más decisivos de la historia contemporánea, la separación de las colonias americanas de su metrópoli española. Como la situación actual de una gran e importante parte del planeta, América Latina, es, en muchos aspectos, la consecuencia directa —y/o indirecta— de lo que había ocurrido en la etapa inicial del desarrollo de los nuevos países, merece la pena, en nuestra opinión, intentar analizar con más profundidad dos ejemplos típicos, si no arquetípicos, de cómo los Padres-Fundadores —en nuestro caso en Chile y Argentina— se enfrentaron a los desafíos de aquellos tiempos.

Victoria, desengaño, misiones casi imposibles

Los primeros años tras la victoria criolla en las guerras por la independencia latinoamericana transcurrían bajo el signo de gran caos y mucha anarquía. Los sueños de Bolívar y San Martín acerca de un gran Estado unificado, estable y próspero, chocaron duramente con la realidad y, muertos a consecuencia, fueron enterrados definitivamente en los apasionados y a veces muy salvajes conflictos entre una docena de los países recién nacidos sobre los escombros del liquidado imperio colonial español. Lejos de poder levantar algo parecido a la modélica federación norteamericana, los latinoamericanos, ahora libres, pero al mismo tiempo bastante desorientados y confusos, sufrirán las graves consecuencias de las larguísimas y extremadamente devastadoras guerras de liberación y de la repentina desaparición de las élites peninsulares: una masiva militarización de la vida política conducente, de vez en cuando, a unas dictaduras tiránicas, una general atmósfera de violencia,³ una dolorosa ausencia de una administración competente y eficaz,

³ Escribe Paul Johnson sobre el joven Charles Darwin que visitó Argentina en 1831, que éste quedó horrorizado por las matanzas de varones indios jóvenes y añadía: «es un cuadro sombrío, ¡pero mucho más impresionante es el hecho incuestionable de que todas las mujeres que parecen tener más de 20 años son masacradas a sangre fría! Cuando

una dramática ruptura de los lazos económicos tradicionales y la consiguiente pobreza. Bolívar mismo comparaba la situación de las nuevas repúblicas a la época de oscuridad que reinó en Europa tras la caída del Imperio romano de Occidente.⁴

Los padres de la independencia latinoamericana descubrían con asombro que las batallas más duras les esperaban tan sólo ahora, después de la de Ayacucho. La administración española fue barrida por completo y había que crear una nueva. El odiado monopolio comercial español fue destruido, mas los productos latinoamericanos tenían que abrirse espacio en el mercado mundial, libre, pero inmisericorde al mismo tiempo. Los soldados y militares españoles volvieron a casa y los nuevos países se veían obligados a formar sus propios ejércitos. Al igual que redactar leyes y constituciones y buscar abogados, jueces, maestros, profesores, diputados, ministros, es decir, élites intelectuales. Existía asimismo un gran problema más, una enorme tensión entre la forma política y el contenido social. En otras palabras, bajo la presión de Simón Bolívar —y en contra de la opinión de José de San Martín— los nuevos Estados independizados decidieron adoptar la forma republicana y no monárquica, sin embargo, la sociedad tenía todavía una estructura claramente aristocrática, semifeudal, acostumbrada a un liderazgo de personajes fuertes (rey, virrey, capitán general, etc.), es decir, a un gobierno más o menos autocrático. Bolívar, soñando con el modelo norteamericano de unos Estados Unidos republicanos, federales y democráticos, pedía a los criollos unas virtudes ciudadanas que ellos, tras casi tres siglos de historia colonial, sencillamente no podían poseer. A lo largo del periodo colonial incluso los municipios que en los primeros

exclamé que esto parecía inhumano, [el gaucho] contestó: ‘Bien, ¿qué puede hacerse? ¡Se multiplican tanto!’» (Johnson, 1992: 221).

⁴ La verdad que Bolívar con el tiempo irá tornándose en uno de los vencedores más amargados de la historia y sus quejas destacarán por un pesimismo extremo: «La guerra es cada vez más cruel [...] Estamos viviendo tiempos terribles. Corren ríos de sangre. Tres siglos de cultura, de saber y de industrias han desaparecido.» (Johnson, 1992: 579).

tiempos después de la conquista mostraban ciertas características democráticas, o al menos antiautocráticas, iban perdiéndolas hasta llegar a una situación tal, que algunos cargos administrativos se vendían en subastas al mejor postor.⁵ En condiciones semejantes, la mayoría abrumadora de la gente, mayoritariamente analfabeta, poco ilustrada y con casi nula confianza en su valor y sus derechos ante una «autoridad», simplemente tendía a obedecer sin rechistar con lo cual difícilmente podían hacerse experimentos sobre cómo poner en práctica un sistema más o menos democrático.⁶ La realidad cotidiana en la América Latina de aquel entonces tenía muy poco que ver con las arengas grandilocuentes de los pocos líderes que habían conseguido alguna educación, en la mayoría de los casos en alguna que otra universidad europea. Bolívar, San Martín, O'Higgins y un par de próceres más, éstos sí que podían hablar de los grandes ideales de la revolución francesa o de la lucha de los colonos norteamericanos contra el rey británico Jorge. Mas tras sus figuras imponentes se extendía un gran vacío, un universo que distaba años luz de la civilización europea o norteamericana. Cuando el historiador británico Robertson visitó a José Gervasio Artigas en su sede de Purificación, describía así el ambiente que rodeaba al gran gaucho, el Padre del pueblo y Estado uruguayo: «El excelentísimo señor Protector de la mitad del nuevo mundo estaba sentado en una cabeza de buey, junto a un fogón encendido en el suelo fangoso de su rancho, comiendo carne del asador y bebiendo ginebra en cuerno de vaca. Lo rodeaban una docena de oficiales andrajosos en posición parecida y ocupados en la misma tarea que su jefe. Todos fumaban y charlaban ruidosamente. Estaba el Protector dictando a dos secretarios que ocupaban, en torno de una mesa de

⁵ Como escriben Wilgus y d'Eça: «Even the municipal governments, which allowed a certain amount of self-government, had gradually lost many of their democratic features, because of the custom of selling offices to the highest bidder» (Wilgus; d'Eça, 1964: 150).

⁶ O'Higgins era sin duda un hombre inteligente y un revolucionario sincero, pero aun así de vez en cuando proclamaba cosas como: «Si el pueblo [...] no quiere aceptar de buen grado lo que tienda a su felicidad, será menester imponérselo por la fuerza» (Frías Valenzuela, 1994: 235).

pino, las dos únicas sillas que había en toda la choza, y esas mismas con el asiento de esterilla roto.» (Lucena Salmoral, 1989: 68). No era éste un ambiente en el cual podría desarrollarse una democracia de corte occidental.⁷ Si uno quería gobernar y evitar caos y anarquía, necesariamente tuvo que recurrir a la fuerza e ir imponiendo una disciplina férrea a los conciudadanos.⁸ Como elegantemente afirma John Lynch: «Los líderes de la independencia comenzaron reivindicando libertad y acabaron reivindicando autoridad» (Lucena Salmoral, 1998: 149).

No obstante, por otra parte nos parece bastante ahistórico el procedimiento al que a veces recurre la historiografía europea que trata de aplicar para la primera mitad del siglo XIX los mismos criterios al mundo occidental y al mundo latinoamericano. Es un procedimiento poco científico, incluso poco racional, es como, por ejemplo, reprocharle a don Antonio Cánovas que en sus tiempos —es decir, a finales del siglo XIX— no luchara vehementemente por una ley sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo.⁹ Como acertadamente escribe y describe

⁷ Existe sin embargo, como siempre, otro punto de vista. Paul Johnson está convencido de que, dejando a un lado la «cháchara» democrática y liberal, no había en el fondo grandes diferencias entre una y otra orilla del Atlántico: «las características de la Francia revolucionaria, donde la retórica libertaria y las constituciones democráticas marcharon de la mano con las ejecuciones en masa y la tiranía desenfrenada, se vieron transportadas rápidamente al continente americano. Lo que sucedió al sur del Río Grande durante los años de 1815 a 1830 resumió todas las esperanzas y los temores, pero sobre todo las ambigüedades del mundo moderno que estaba naciendo.» (Johnson, 1992: 570).

⁸ No deberíamos olvidar nunca que la mayoría de los nuevos líderes latinoamericanos durante años, cuando no décadas enteras, fueron comandantes del ejército, acostumbrados a mandar y a ser obedecidos. Hay pocas instituciones tan poco democráticas por principio como el ejército y ellos eran militares de carrera.

⁹ Carlos Malamud plantea un reproche bien fundado hacia la tradicional historiografía occidental, ante todo la europea: «De este modo, por ejemplo, cuando se describía el sistema político imperante en el siglo XIX se ponía el acento en lo restringido del mismo, en el fraude y el caciquismo (o caudillismo), en la existencia del voto censitario en numerosos países, en la imposibilidad de que los analfabetos y las mujeres pudieran ejercer sus derechos cívicos. Si bien todo esto es estrictamente cierto, se suele olvidar que en la mayor parte de Europa existían sistemas semejantes y que en buena

Carlos Malamud: «En ese entonces el sistema de partidos políticos estaba muy poco estructurado. Los líderes y sus clientelas pesaban más que las estructuras político-partidarias. Los clubes de opinión y las tertulias eran uno de los principales lugares donde se discutía de la cosa pública y en ellos los padres de la patria tomaban las principales decisiones. El funcionamiento del sistema político tendía a favorecer el gobierno de ciertas capas de profesionales y de las burocracias políticas, a la vez que garantizaba el control de los mismos por parte de los grupos oligárquicos.» (Malamud, 1992: 50).

En cualquier caso, en el Cono Sur, en concreto en Chile y en Argentina, la situación resultaría incluso más complicada ya que los grandes Padres Libertadores, Bernardo O'Higgins y José de San Martín, pronto abandonarían sus patrias y desaparecerían en el exilio. Luego, al menos a primera vista, las trayectorias históricas de los dos países se bifurcarían notablemente ya que en Chile gracias a Diego Portales surgiría una estructura estatal sólida y estable, ligeramente liberal e incluso un poco democrática, mientras que las provincias rioplatenses —es decir, la futura Argentina moderna— vivirían durante más de veinte años bajo la dictadura violenta, represiva y retrógrada de Juan Manuel de Rosas. Sobre Chile se hablaría muchas veces como sobre una «honrada excepción latinoamericana» y sobre la «Inglaterra del Pacífico», mientras que los críticos del rosismo difundirían las noticias acerca de un «Calígula del Río de la Plata» y acerca de una «barbarie» encarnada en el «señor de los gauchos».

El despertar chileno

Durante los años veinte del siglo antepasado, los chilenos dedicarán muchos esfuerzos a la búsqueda de unos principios sobre los que erigir un Estado estable y funcional. Se ensayarán y

parte de los países americanos la introducción del voto universal fue bastante temprana en comparación con lo que ocurrió en otras regiones del mundo.» (Malamud, 1992: 12).

desecharán unas cuantas constituciones sin haber encontrado una respuesta satisfactoria a la pregunta inquietante: ¿para qué sirve una constitución si nadie está dispuesto a respetarla? La «política» se hacía a veces con las armas en las manos, por ejemplo cuando, a finales de enero de 1827, el coronel Enrique Campino, uno de los candidatos al cargo de vicepresidente, entró a caballo en la sala del parlamento y mandó echar a los diputados a bayonetazos. Bajo la influencia del ejemplo de Estados Unidos se experimentaba asimismo con el federalismo. El resultado: una crisis de gobernabilidad que por poco destroza todo el inmaduro y débil Estado chileno. Estos fracasos, acompañados por los recuerdos de la era nefasta de Bernardo O’Higgins quien en vano intentó crear una sociedad liberal y democrática mediante un gobierno autoritario y paternal,¹⁰ despertaron una ola de pesimismo entre los intelectuales y políticos chilenos; parecía que el camino hacia un futuro prometedor se volvía intransitable. Y luego, de repente, ocurre un milagro y Chile, en un par de años, entrará en una trayectoria de estabilidad y prosperidad inaudita en el entorno latinoamericano que pronto convertirá el país en una «república modélica» y en una pauta muy atractiva para muchos líderes latinoamericanos. El autor del «milagro chileno» murió antes de que éste se hiciera

¹⁰ «Bernardo O’Higgins sigue gobernando como un dictador paternal, que pretende hacer la felicidad de su pueblo, pero sin permitirle que decida por sí mismo sus propios asuntos» (Díaz-Trechuelo López-Spínola, 1998: 98). Francisco Frías Valenzuela, a pesar de su gran admiración por el personaje y el legado de O’Higgins, escribe claramente: «Su gobierno fue [...] una *dictadura* de hecho y de derecho» (Frías Valenzuela, 1994: 223). La verdad es que valorar el legado político de don Bernardo no es fácil. Por un lado, realmente luchaba contra los relictos del pasado colonial y feudal aboliendo los títulos de nobleza y sus numerosos privilegios e intentando —en vano— acabar igualmente con los mayorazgos. Por otro lado, sin embargo, sus intentos de «corregir hábitos viciosos del pueblo», como por ejemplo «las riñas de gallos, las corridas de toros, los desórdenes de carnaval, la embriaguez, los juegos de azar en tabernas y ramadas, los ídolos grotescos y los cultos fetichistas, las procesiones nocturnas, etc.» (Frías Valenzuela, 1994: 235) mediante decretos y ordenanzas recordaban los tiempos de los monarcas ilustrados que se creían capaces de cambiar, desde arriba, aplicando una razón objetiva, desprovista de emociones, la marcha del universo. Es decir, monarcas ilustrados, pero al mismo tiempo absolutistas.

realidad, sin embargo, los chilenos sabían muy bien a quién debían sentirse agradecidos por su famosa «excepcionalidad». El caos y la anarquía reinantes a lo largo de los años veinte súbita e inesperadamente terminan en abril de 1830 en el campo de batalla de Lircay, en un conflicto armado entre los conservadores y los liberales que traerá la victoria al bando conservador. Los vencedores impondrán un régimen que sobrevivirá sin grandes cambios estructurales hasta finales del siglo XIX, si bien, tras los primeros treinta años de conservadurismo puro y duro, poco a poco se irá volviendo más liberal.

El artífice de aquella estructura imponente se llamaba Diego Portales (1793-1837), un hombre que sorprenderá a todos, con mucha probabilidad incluso a sí mismo. Nada presagiaba una carrera histórica, Portales no fue capaz de terminar los estudios de Derecho y cuando empezó a hacer negocios, en vez de hacerse rico, se endeudó. Mas precisamente en aquella situación crítica, enfrentado al escándalo y a la posible pobreza, descubrió en su cuerpo menudo y frágil una enorme fuerza mental y un gran talento político. En primer lugar, Portales acabó de una vez por todas con los caciques y caudillos regionales, tanto reales como potenciales, que en otros países latinoamericanos iban a causar dolores de cabeza a varios gobiernos centrales. Es verdad que el mismo Portales a veces iba a comportarse de una manera bastante autoritaria, por otro lado incluso sus enemigos reconocían que era un hombre honesto y capaz. Portales era un gran admirador de la civilización anglosajona y soñaba con convertir Chile en una «Inglaterra del Pacífico». Mas era suficientemente inteligente para saber distinguir los sueños de la realidad por lo cual evitaba copiar ciegamente las pautas británicas dándose cuenta de que en Chile, un país todavía muy pobre y atrasado, primero había que dedicar mucho tiempo y trabajo a la ardua tarea de preparar el terreno para la futura siembra. Estudiaba la historia chilena y latinoamericana y llegó a la conclusión de que una solución de compromiso entre un desgobierno conducente a la anarquía y una dictadura de «fuertes personajes» tendente a nefasta tiranía es probablemente una república autoritaria. No se

hacía muchas ilusiones respecto a la posibilidad de practicar en Chile una auténtica democracia en un horizonte de diez o veinte años. Portales creía que primero era necesario educar y civilizar al pueblo y tan sólo después sería posible —y recomendable— entregarle a la gente el poder de decidir.¹¹ El resultado era que a lo largo del siglo XIX la gran mayoría del pueblo chileno no tendría acceso al campo de batalla político ya que Portales y sus sucesores estaban firmemente convencidos de que la administración del Estado es una misión para las élites selectas y adecuadamente preparadas las cuales, consultando al pueblo llano, no harían más que perder el tiempo y correr el riesgo de tomar decisiones incorrectas.¹² Un censo electoral muy restringido garantizaría el sufragio exclusivamente a los ricos y/o ilustrados, unas cuantas familias bien situadas suministrarían candidatos a los cargos más importantes.

¹¹ Por lo visto, Portales estaba firmemente convencido de que «la instrucción primaria debía ser puesta ‘al alcance de la clase más pobre hasta en los más remotos ángulos de la república’, hizo estudiar en Europa los métodos y reglamentos de las escuelas normales, a objeto de formar después en el país los maestros que se necesitasen» (Frías Valenzuela, 1994: 272-273). Ésta es una de las principales diferencias entre Portales y Rosas, su postura hacia la educación. Según Rosas, educar a las masas era una insensatez, una innecesaria complicación, el Gaucho opinaba que la mayoría de la población no necesitaba escuela y cultura para nada, a él le parecía que bastaría con que obedecieran sin rechistar sus órdenes. En el caso de Portales los esfuerzos por educar a los chilenos parecen sinceros y Portales repitió varias veces que con un pueblo culto y educado podría intentarse poner en funcionamiento un sistema auténticamente democrático.

¹² Es una idea que Portales heredó del mismo O’Higgins. Cuando el 23 de enero de 1823 se reúnen los vecinos de Santiago de Chile para tratar del «asunto O’Higgins» y lo hacen en el Consulado, precisamente donde se había celebrado el cabildo abierto que trece años antes, el 18 de septiembre de 1810, había iniciado la lucha por la independencia, O’Higgins «se aprestó a disolver aquella ‘reunión de mozos de café’, como despectivamente llamó a la asamblea de vecinos» (Díaz-Trechuelo López-Spínola, 1988: 100).

Portales era un pragmático empedernido, el concepto de la política como un enfrentamiento de ideologías le parecía contraproducente.¹³ Él creía en una administración por encima de los partidos y sus intereses particulares que no perdería tiempo y energía en intrigas y «politiquería» y se dedicaría plenamente a resolver problemas concretos y acuciantes.¹⁴ Portales rápidamente acabó con el coqueteo de los militares con el mundo de la política aunque el precio fue alto: había que despedir a una mayoría abrumadora de los altos oficiales de los tiempos anteriores. Portales y sus discípulos en el futuro irán «reeducando» al ejército de tal manera que los soldados y los militares sientan respeto por el gobierno civil.¹⁵ Tendrán éxito y Chile, como uno de los pocos países latinoamericanos, no experimentará una intervención pandémica de los uniformados en la escena política. Portales por lo visto odiaba sinceramente una política basada en el carisma de fuertes personajes, su meta era una burocracia profesional y eficaz, si bien un tanto sosa e impersonal. Don Diego evitaba la imagen de un líder aplaudido e «imprescindible», se limitaba al papel de un burócrata trabajador, competente y sobre todo reemplazable. Nunca intentó ocupar el cargo del presidente y se contentaba con la posición de una eminencia gris que manejaba la maquinaria del poder por entre los bastidores. Había quienes lo criticaban precisamente por este hecho y lo

¹³ En palabras de Frías Valenzuela: «Prieto [el primer presidente del régimen portaliano que gobernó Chile entre los años 1831 y 1841] y Portales se van a apoyar en un partido de gobierno que no era ni liberal ni conservador, ni pipilo ni pelucón, ni o'higginista ni estanquero, robusto tronco del cual saldrán todos los partidos del siglo XIX» (Frías Valenzuela, 1994: 266).

¹⁴ Francisco Frías Valenzuela escribe sobre la concepción portaliana de un gobierno idóneo: «Su ideal era el gobierno obedecido, fuerte, respetado y respetable, impersonal, superior a los partidos y a los prestigios personales, en una palabra, algo muy distinto de los gobiernos personalistas existentes en aquellos tiempos en los otros países hispanoamericanos» (Frías Valenzuela, 1994: 265).

¹⁵ Hay que subrayar que la purga que aplicó Portales al ejército chileno era bastante inmisericorde. Los militares que seguían oponiéndose fueron pasados por tribunales de guerra especiales y condenados en unos procesos sospechosamente rápidos al exilio y a la muerte (Wilgus; d'Eça, 1964: 268).

pintaban como un «cardenal Richelieu» chileno. Puede que sea parcialmente cierto, por otro lado, sus palabras acerca de un servicio abnegado para el Estado no eran pura palabrería ya que nunca cobraba su salario aunque esto significaba para él una complicación desagradable en vista de su situación pecuniaria con frecuencia bastante precaria.

El legado principal de Portales a la historia chilena fue su constitución, proclamada solemnemente en mayo de 1833. Esta carta magna regiría la vida política en Chile hasta el año de 1891, en una forma ligeramente remodelada luego hasta 1925. Se trataba de una constitución claramente conservadora y bastante autoritaria que imponía un fuerte régimen presidencial en el cual al poder ejecutivo se le entregaba una clara ventaja sobre el poder legislativo; el presidente, con una larga serie de importantes competencias administrativas, militares y legislativas, casi se parecía a un monarca constitucional. El presidente incluso podía declarar el estado de emergencia en una región del país en caso de perturbación de la paz o del orden interno y limitar de esta manera los derechos fundamentales de los ciudadanos chilenos. Evidentemente un procedimiento semejante no resultaba muy democrático, por otra parte, precisamente esta medida le ahorraría a Chile gravísimos problemas con el devastador particularismo regional que en muchos países latinoamericanos a lo largo del siglo XIX causará auténticas catástrofes. Los conservadores no escatimarán esfuerzos para obligar a todos a respetar sus leyes y constitución, varios oponentes al régimen portaliano acabarán en la prisión o en el exilio, no obstante, en comparación con la masiva y a veces sangrienta represión que contra la oposición desplegará el vecino dictador argentino Rosas, en el caso de Portales se trataba de un «terror» relativamente sutil. La verdadera cara opuesta del sistema portaliano eran las maquinaciones electorales, regulares, intensas y escandalosas, mediante las cuales la capa gobernante mantenía y reforzaba su monopolio del poder. El gobierno no se detenía ante ninguna táctica que garantizara el resultado deseado de las elecciones: campañas de intimidación dirigidas tanto contra los candidatos de la oposición como contra los mismos

electores, sobornos, chantaje, falsificación de las listas electorales, o incluso un falseamiento descarado de los resultados mismos. La «estrategia electoral» la coordinaba el ministro de la Gobernación (es decir, del Interior en terminología actual) y todas las prácticas arriba mencionadas desacreditarían de un modo muy grave el crédito de la democracia ante los ojos de la ciudadanía chilena ya que la gran máquina falsificadora seguiría funcionando hasta finales del siglo XIX.¹⁶

En el campo de la economía, Portales decidió ir reemplazando el monopolio y el mercantilismo colonial español por un liberalismo moderado. Buscó y encontró a un ministro de Hacienda extraordinariamente capacitado y eficaz, Manuel Rengifo (1793-1845), que pronto se ganaría el apodo del *mago de las finanzas*. Rengifo logró preparar para la economía chilena un cóctel beneficioso de liberalismo y pragmatismo. Liquidó tanto gastos inútiles como burócratas innecesarios y la precaria situación del tesoro público empezó a mejorar a ojos vistos. Rengifo acabó con la vergonzosa práctica del Estado de conceder la recaudación de impuestos a sociedades privadas que conseguían esta concesión en subastas y luego con mucha frecuencia cometían abusos escandalosos. Una gran revolución ocurrió bajo la gestión de Rengifo también en el campo de los aranceles. Rengifo gravó con aranceles prácticamente prohibitivos toda la mercancía importada que potencialmente podría competir con la producción nacional —zapatos, ropa, carros, carroajes, etc.—, mientras que eximió del pago de derechos de aduana a todos los productos importados que consideraba imprescindibles para el futuro desarrollo de Chile: máquinas, instrumentos de precisión, libros. Rengifo amplió notablemente la zona franca de Valparaíso, hecho que en las

¹⁶ Francisco Frías Valenzuela escribe «la práctica o costumbre de la intervención electoral [...] permitió a los presidentes imponer su voluntad al reducido cuerpo electoral para hacerlo elegir congresos dóciles, dispuestos a secundar su política». Y añade que durante décadas el ejecutivo fue «el gran elector». Valenzuela opina que se trataba de un sistema un tanto parecido al fenómeno de los «césares adoptivos» de la Roma antigua: «puede decirse que el presidente ‘adoptaba’ como candidato oficial al ciudadano que estimaba más idóneo para sucederle, y lo hacía triunfar en las elecciones» (Frías Valenzuela, 1994: 269).

próximas décadas convertirá aquella ciudad en el puerto más importante de toda la costa pacífica. La gestión económica de Rengifo, sofisticada y radical al mismo tiempo, llegará a ser una sólida plataforma para la posterior prosperidad económica de Chile que relativamente pronto será fundamentalmente reforzada por el descubrimiento de riquísimos yacimientos de plata en Chañarcillo donde en una sola década abrirán más de cien minas. El periodo de plata más tarde será sustituido por un periodo de cobre y salitre y las ganancias del sector de la minería ayudarán a los chilenos a superar una falta crónica de capital, tanto el de inversión, como el de explotación. Gracias a un admirable auge económico, iniciado por Rengifo y continuado por sus sucesores con bastantes éxitos, Chile, como uno de pocos —si no el único— países latinoamericanos, a partir de los años cuarenta empezará a desarrollar una economía capitalista moderna, competitiva y relativamente liberal.

El tirano del Río de la Plata

Al otro lado de los Andes, en las inmensas praderas de la pampa argentina, nacerá un modelo político y económico bastante diferente, cuyo creador, representante y símbolo viviente a la vez era Juan Manuel de Rosas (1793-1877), hasta nuestros días una de las figuras más polémicas y controvertidas de toda la historia argentina, si no incluso latinoamericana.¹⁷ Sus adversarios lo retrataban como un tirano sangriento y le ponían apodos como «Calígula del Río de la Plata»,¹⁸ sus partidarios hablaban de un héroe nacional y un salvador de la Patria ante el caos y la anarquía. Una imagen menos parcial y emotiva revela un caudillo latinoamericano arquetípico que gobernaba con

¹⁷ En palabras del historiador Jaime Delgado Martín: «Desde Sarmiento y Mitre hasta nuestros días se extiende un amplísimo arco constituido por dovelas de fobias y filias, en el que aquéllas ganan en número a éstas y ponen a punto de ruina la estabilidad del edificio historiográfico» (Delgado Martín, 1988: 9).

¹⁸ Isidro Sepúlveda Muñoz escribe incluso sobre los «métodos totalitarios [de Rosas que] no tuvieron parangón en toda América» (Malamud; Martínez Segarra; Pardo; Sepúlveda, 1993: 291).

mano muy dura como un autócrata ultraconservador y brutal dedicando la mayoría de su energía a la defensa de los intereses de los ganaderos rioplatenses entre los cuales él mismo se contaba.¹⁹

Rosas pública y vehementemente rechazaba el liberalismo y la democracia, su aversión hacia los extranjeros y las potencias occidentales culminará al final en una serie de conflictos armados con Francia e Inglaterra.²⁰

Rosas llega al poder mediante la violencia: en la región rioplatense a lo largo de los años veinte del siglo XIX surgen varios conflictos entre los ambiciosos caudillos regionales²¹ y por todas partes masivamente se «toca el violín», frase hecha que por aquel entonces se refería al hecho de cortarle la cabeza a un enemigo (Lucena Salmoral, 1989: 66). Rosas gracias a su innegable inteligencia y capacidad táctica saldrá victorioso de las luchas convirtiéndose primero en el gobernador de la provincia de Buenos Aires, más tarde en el principal dirigente de la Confederación

¹⁹ Era uno de ellos, uno de los más ricos además. Como escribe David Rock: «las propiedades del mismo Rosas totalizaban 800.000 acres, en los que pastaban unas 500.000 cabezas de ganado» (Rock, 1988: 154).

²⁰ La violencia durante las tres primeras décadas del siglo XIX en la región rioplatense era verdaderamente pandémica. A los combates de la guerra por la independencia les siguieron conflictos armados entre los caudillos locales.

²¹ Existe una muy interesante polémica entre Túlio Halperín Donghi y Carlos Malamud acerca de los orígenes del caudillismo latinoamericano: «Según Halperín Donghi, una de las consecuencias de las guerras de independencia fue que la sociedad emergente fue afectada por un proceso de ruralización y militarización que impulsó el surgimiento del caudillismo y el fomento de clientelas políticas. En realidad, el caudillo, cacique en términos políticos, ya existía en la sociedad colonial y su presencia se basaba en las relaciones patrón-cliente y en el desarrollo de lazos de fidelidad y lealtades personales a cambio de seguridad y favores.» (Malamud, 2005: 332). Quienquiera que tenga razón, la presencia de muchos caudillos en las primeras décadas del siglo XIX en el espacio latinoamericano es innegable. Isidro Sepúlveda Muñoz añade que «el caudillo o cacique basaba su poder en el mantenimiento de una amplia clientela mediante prestaciones y protección a cambio de fidelidad personal y lealtad inquebrantable» (Malamud; Martínez Segarra; Pardo; Sepúlveda Muñoz, 1993: 297) y que «carismático, audaz, popular, violento o telúrico, el caudillo se caracteriza sobre todo por su poder de intimidación y su red de dependencia» (Malamud; Martínez Segarra; Pardo; Sepúlveda Muñoz, 1993: 298).

Argentina. Los habitantes de la región rioplatense, cansados y frustrados después de muchos años de devastadora anarquía, incluso le conferirán las facultades extraordinarias, adjetivo que podría traducirse fácilmente por «dictatoriales». Rosas ofrece unas recetas muy claras y sencillas: imponer y mantener el orden —uno de sus preferidos títulos era el Restaurador de las Leyes—²² un gobierno y un ejército fuertes, un apoyo incondicional a los intereses de las élites, sobre todo de las grandes familias ganaderas.²³ La base fundamental de su régimen, que gobernará la vida de los argentinos entre los años 1829 y 1852 (con un breve interregno entre 1832-35), era una alianza político-económica con los ganaderos.²⁴ Los dueños de las estancias y de los enormes rebaños de ganado vacuno correspondientes poco a poco van sustituyendo a la tradicional oligarquía comerciante de Buenos Aires en la cúspide de la pirámide social. Son cada vez más ricos y reclaman más y más tierras para sus pastos. Las incursiones en la pampa inevitablemente chocan con los indios salvajes

²² Julio Irazusta escribió sobre él: «[Rosas] significará espíritu colonial, en el sentido de respeto por la autoridad, amor al orden y horror a la rebeldía» (Julio Irazusta en *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, 8 vols., Buenos Aires: Trivium, 1970, cit. en Delgado Martín, 1988: 21).

²³ Isidro Sepúlveda Muñoz opina que «Otra característica común fue su facilidad de conectar con las fuerzas populares, lo que hacía posible que éstos los tomaran como líderes. Por contra, los caudillos fueron los gendarmes de un orden social dictado por las élites, que no podía sostenerse por ningún otro medio, ni por supuesto por las débiles constituciones que trataban de articular los nuevos estados desde la legitimidad. Los caudillos controlaron las posibles rebeliones de las clases populares, identificándose con ellas, instrumentalizando sus máximos deseos de participación en el reparto de la riqueza, manipulando sus ilusiones de movilidad social, pero aliándose con la élite que había delimitado la idea de Estado a sus propios intereses de clase.» (Malamud; Martínez Segarra; Pardo; Sepúlveda Muñoz, 1993: 299).

²⁴ Es curioso que cien años más tarde Juan Domingo Perón, un político que con muchas ganas y mucha frecuencia hablaba de los obreros y de sus derechos, en privado se dirigía a los argentinos ricos y poderosos con las siguientes palabras: «Se ha dicho, señores, que soy enemigo de los capitales, y si ustedes observan lo que les acabo de decir, no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo, porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado» (Martínez Díaz, 1996: 10).

que se defienden ante la agresión del hombre blanco. En la Frontera corre sangre y la demanda de unos líderes militares que supieran domar a los indios «indomables» crece sin parar. Rosas era un hombre idóneo para las campañas contra los indios. Conquistará centenares de miles de hectáreas de tierras explotables y las repartirá entre sus aliados que por supuesto se lo agradecerán.

En cuanto a las pautas ideológicas, Rosas era un pensador fácilmente descifrable, dividía la sociedad solamente en dos grupos principales: los que mandan y los que obedecen. Su valor fundamental era el Orden, la virtud, que pedía a los demás, la Obediencia.²⁵ Rosas sabía presentarlo, por supuesto, de una manera mucho más solemne y patética: «¿Hasta cuándo [...] vagaremos de revolución en revolución? ¿Hasta cuándo el crimen será halagado con la impunidad? [...] ¿Cuándo las leyes serán respetadas? [...] ¿Aún no son suficientes las vejaciones, las ignominias, las escenas de horror que hemos sufrido? [...] ¡Odio eterno a los tumultos! ¡Amor al orden! ¡Fidelidad a los juramentos! ¡Obediencia a las autoridades constituidas!» (Delgado Martín, 1988: 43). Asimismo en la Europa posnapoleónica se oían semejantes gritos de terror ante la Revolución, por ejemplo de la boca de Joseph de Maistre, el archifilósofo de la derecha ultraconservadora que todavía temblaba al recordar la Bestia de Córcega y sus andanzas revolucionarias. Lo cierto es que en el caso de Rosas se trataba de una postura un tanto paradójica ya que él mismo llegó al poder como uno de los representantes de la nueva clase gobernante que había emergido precisamente de la gran tormenta revolucionaria de las guerras por la independencia. Rosas consideraba la democracia un sistema demasiado lento, complicado y poco eficaz, además poco lógica ya que los pobres según él debían hacer lo que pedían los ricos, otra

²⁵ John Lynch opina: «Rosas dividía la sociedad entre los que mandaban y los que obedecían. Si había algo que aborreciera más que la democracia, era el liberalismo. La razón por la que detestaba a los unitarios no era que quisieran una Argentina unida, sino porque eran liberales que creían en los valores laicos del humanismo y progreso. Las doctrinas constitucionales de los dos partidos no le interesaban y nunca fue un verdadero federalista.» (Lucena Salmoral, 1998: 231).

variante sería completamente absurda. Los liberales eran para él meros conspiradores contra el Orden y la Tradición, fenómenos sagrados que querían destruir y reemplazar por una anarquía sin valores fijos y consagrados. Las libertades eran para él falsa palabrería que servía a los líderes liberales solamente para embauchar al pueblo llano el cual, en la opinión del dictador, no necesitaba libertades y derechos, sino una disciplina férrea y un padre protector. Rosas se mostraba totalmente escéptico acerca de las ideologías, para él los políticos profesionales eran vulgares charlatanes que en vez de resolver problemas concretos sólo hablan, hablan y hablan. Decía que la política era «ciencia de lo más útil y conveniente» (Delgado Martín, 1988: 50). Él mismo sustituyó toda la ideología por un cínico pragmatismo: formalmente era líder del partido federalista, en la práctica gobernaba como un unitario empedernido, imponiendo la hegemonía de Buenos Aires. La verdad es que relativamente pronto conseguirá vaciar por completo la tradicional dicotomía «federales versus unitarios» y la sociedad argentina empezará a dividirse más bien en los bandos «rosista» y «antirrosista». ²⁶ Él mismo, por supuesto, lo presentaba de una manera distinta: «Crean que soy federal; no señor, no soy de partido alguno, sino de la patria» (Delgado Martín, 1988: 84).

Rosas en muchos aspectos se parecía a un gaucho: montaba muy bien a caballo, era un excelente tirador, manejaba perfectamente el lazo. Entendía el Estado como una gran estancia y quería gobernar a los argentinos con la misma mano dura con la que controlaba a sus peones.²⁷ Cuando tomó el poder, su primera medida fue crear un ejército digno de confianza con el que

²⁶ Más de cien años más tarde, el peronismo presenta un modelo gubernamental que historiadores inspirados por el marxismo, como Silvio Frondizi, Jorge Abelardo Ramos, Torcuato S. Di Tella, caracterizarán como «bonapartismo peronista» y escribirán sobre un «sistema que, apoyado en el ejército y los trabajadores sindicalizados, pretendió gobernar ‘por encima de las clases’» (Ciria, 1971: 13).

²⁷ David Rock escribe: «Rosas reveló repetidamente un temperamento fuertemente autoritario. Consideraba el cuerpo político como una gran estancia o regimiento cuya jerarquía de partes interdependientes requería una firme dirección y control.» (Rock, 1988: 150).

«pacificaría» primero Buenos Aires, luego otras provincias. Los críticos pronto se callaron ya que los métodos de Rosas —censura, encarcelamientos, destierros, ejecuciones— pronto atemorizarían a la mayor parte de la oposición. Sin embargo, sería una gran simplificación caracterizar el rosismo solamente como una vulgar tiranía apoyada en una represión permanente y una violencia brutal. Décadas enteras antes del canciller Bismarck, Rosas intuía que si un gobernador autoritario ambiciona un monopolio del poder estable y de larga duración, tiene que combinar continuamente «el látigo» con «el azúcar», es decir, mano dura con concesiones de todo tipo, apoyada esta mezcla con una gran campaña propagandística, en el mejor de los casos en un culto a la personalidad del líder.²⁸ El «azúcar» del rosismo era un permanente apoyo al campo en detrimento de la ciudad, más que nada una verdadera lluvia de beneficios y privilegios destinados a los estancieros, fieles aliados del señor gobernador. Una buena parte del presupuesto del Estado estaba destinada ahora a las expediciones militares contra los indios que conseguían más y más hectáreas de pastos para los ganaderos. Muchos recursos financieros se gastaban en la construcción y manutención de las fortalezas fronterizas que debían garantizar la seguridad de las nuevas estancias. Muchísimo dinero fluía asimismo a las arcas de los ganaderos mediante unas subvenciones directas e indirectas con las que Rosas se compraba la gratitud y lealtad de los grandes estancieros. Y sobre todo, Rosas, como comandante de las campañas contra los indios, repartía las tierras, la fortuna más codiciada en la Argentina de aquellos tiempos. Rosas era el gran repartidor de las tierras, un Benefactor que obsequiaba con miles y miles de hectáreas a sus fieles, por otro lado, si alguien se oponía, criticaba o disentía de alguna manera de las reglas del juego, fácilmente podía verse despojado de sus tierras ya que precisamente la confiscación de las tierras llegaría a ser uno de los métodos favoritos de

²⁸ Merece la pena citar a este respecto las palabras de Portales: «El palo y el dulce, adecuada y oportunamente administrados, son los específicos con los cuales se puede curar a cualquier nación, por muy inveterados que tenga sus hábitos» (Lucena Salmoral, 1998: 223).

Rosas. La distribución y redistribución de las tierras era el auténtico motor que propulsaba el régimen rosista que más que un régimen político, basado en alguna ideología más o menos sofisticada, era un sencillo juego de intereses económicos. Las instituciones políticas eran pura forma, el contenido de la dictadura era económico y bastante simple: dar o quitar. El seudoparlamento, llamado Cámara de Representantes, le servía al gobernador exclusivamente como un «órgano deliberativo» (cien años más tarde Franco en España creará un parlamento muy parecido que servirá de adorno para su «democracia orgánica»), los diputados no proponían leyes, ni siquiera tenían derecho a controlar el presupuesto. Se limitaban a aplaudir al señor gobernador y reforzar su culto a la personalidad. De una manera muy semejante Rosas manejaba el poder judicial. El gobernador no sólo redactaba y dictaba las leyes, incluso se reservaba el tiempo suficiente para interpretarlas y aplicarlas. A primera vista el aparato de la justicia seguía funcionando, pero Rosas se encargaba personalmente de algunos casos. Desde el sillón de su despacho dirigía el funcionamiento de la justicia, leía los informes policiales, intervenía directamente en los casos que le interesaban, a veces incluso inscribía en las actas judiciales sus breves «sentencias»: multadle, encarceladle, fusiladle, etc.²⁹ El núcleo de la política del látigo, la cual Rosas aplicaba en casos de necesidad, eran la policía y el ejército que servían fielmente al señor gobernador, siempre dispuestos a intervenir contra cualquiera que Rosas les designara como blanco. Si Rosas llegaba a la conclusión de que alguien continuamente perjudicaba sus intereses, procedía sin escrúpulos y sus hombres armados obtenían el permiso de saquear la estancia, la tienda o el taller del «enemigo». En casos extremos, cuando el opositor tercamente seguía con su comportamiento «antirrosista», Rosas decidía aplicar un auténtico terror y luego aparecía su original guardia pretoriana llamada

²⁹ Como escribía Vicente Fidel López en su *Historia de la República Argentina* (1913, Kraft: Buenos Aires): «[Rosas] era medio histrión y medio profeta [...] castigaba a los ladrones y perdonaba a los asesinos a su antojo y por su solo criterio» (Delgado Martín, 1988: 22).

eufemísticamente *Sociedad Popular Restauradora*, popularmente Mazorca («Más Horca»). Sus comandos, siguiendo las órdenes del Jefe, salían para unas campañas punitivas que tenían por objetivo la violencia en todas las formas imaginables: dar una paliza, mutilar, asesinar, en general, aterrorizar a los opositores directa y al pueblo indirectamente.³⁰ «La política del azúcar y el látigo», una curiosa mezcla de sobornos y palizas, era complementada, reforzada y adornada por un culto a la personalidad que con el tiempo llegaría a cobrar un aspecto verdaderamente extravagante: sobre el señor presidente se componían himnos, odas, marchas, pero también minuetos, sus estatuas adornaban todas las plazas importantes, sus retratos colgaban no solamente en los espacios públicos, incluidas las iglesias, sino hasta en los salones privados de las familias que querían expresar su «adhesión al régimen».

Rosas nunca llegó a presentar una constitución argumentando que el pueblo argentino no estaba todavía suficientemente maduro y que primero había que vencer y exterminar a los pérvidos «unitarios», es decir, a todos los opositores. Mas con el tiempo estaba cada vez más claro que pese a todos los esfuerzos de Rosas las filas de sus enemigos no disminuían, más bien al contrario ya que su política internacional llevó a unos conflictos abiertos con las potencias europeas de Francia y Gran Bretaña. La creciente presión del bando antirrosista poco a poco obligaba a Rosas a ir convirtiendo su régimen en una vulgar dictadura militar, preparada para luchar «contra todo el mundo». Desde principios de los años cuarenta Rosas paulatinamente va tornándose en un Gran General que gasta la mayoría del dinero público en el ejército y en las guerras. Cuando la fortuna le da la espalda en febrero de 1852 en la batalla de Monte Caseros, Rosas abandona Argentina y se refugia en Inglaterra donde va a permanecer hasta su muerte en marzo de 1877.

³⁰ Tilio Halperín Donghi habla sobre «el uso del terror como el instrumento de disciplina política por excelencia» (Halperín Donghi, 1985: 284).

El tirano ha caído y los argentinos podían hacer balance. Parecía que los más de veinte años de la dictadura rosista trajeron más bien pocos cambios sociales y económicos. En las provincias seguían gobernando los tradicionales caudillos —Juan Felipe Ibarra de Santiago del Estero aguantaría allí durante unos treinta años—, en la sombra del gran Caudillo porteño, no obstante sin grandes problemas. El rosismo dejó tras de sí un gran desequilibrio económico entre Buenos Aires y el resto de las provincias: «En [...] 1824 [...] las rentas de Buenos Aires fueron de 2,5 millones de pesos; en Córdoba sólo fueron una cuarta parte de esto, en Tucumán apenas una novena parte. En 1839, las rentas de Jujuy, la más pobre de las provincias, fueron apenas de 9.000 pesos. El gobernador de Jujuy recibía un salario de 1.500 pesos, y la milicia absorbía casi todo el resto, con el resultado de que a la educación pública, por ejemplo, sólo le asignaban 480 pesos.» (Rock, 1988: 160). El censo de 1869 arrojó unos datos alarmantes: un 80% de los argentinos no sabían leer ni escribir. La infraestructura del país estaba extremadamente atrasada, salvo en los alrededores de la ciudad de Buenos Aires prácticamente no existían caminos fijos y fiables, cualquier viaje al interior de Argentina se convertía en una verdadera aventura. La polarización social era extrema, entre la poco numerosa, pero riquísima capa de los terratenientes y comerciantes y la masa de los paupérrimos peones y jornaleros se extendía un gran desierto, las capas medias apenas existían, los talleres de artesanía se encontraban mayoritariamente en manos de extranjeros. En las estancias de la pampa la relación entre el todopoderoso Jefe y sus peones recordaba bastante a la relación que en la Roma Antigua se establecía entre un patrón y sus clientes donde el Señor con características semidivinas decidía sobre la vida y muerte de sus súbditos.³¹

³¹ Escriben Wilgus y d'Eça acertadamente: «Many of the rural people lived in immense estates owned by a few wealthy families. Life on these estates was patriarchal if not feudal, the owners exercising all the rights of feudal lords even though no such rights were given them by the laws.» (Wilgus; d'Eça, 1964: 149).

Los grandes cambios estructurales llegarán una década después de la caída de Rosas y los traerán hombres nuevos, antirrosistas, como Bartolomé Mitre o Domingo Faustino Sarmiento, por más que uno pueda abrigar serias dudas acerca de los métodos que los dos utilizaban. La verdad es que en la práctica cotidiana los presidentes mencionados con demasiada frecuencia se alejaban del célebre ideal de Sarmiento de la Civilización, contrapuesto al de la Barbarie representada por los caudillos derrotados (cuyas cabezas cortadas Sarmiento a veces mandaba mostrar en las picotas). Mas bajo su gobierno Argentina al final logrará cambiar el rumbo de su evolución histórica y en vez de un autoritarismo paternalista con evidentes rasgos monárquicos poco a poco empieza a imponerse un régimen notablemente más liberal y democrático, con el tiempo cada vez más parecido a los estándares de Europa Occidental. A diferencia de Rosas, quien temía a los extranjeros e incluso luchaba contra ellos, Mitre y Sarmiento los invitaban a Argentina para que ayudaran a «civilizar» (es decir, europeizar) al pueblo argentino y permitieran olvidar los «viejos tiempos bárbaros». Sin embargo, estudiando detalladamente la historia contemporánea de Argentina, uno no puede evitar la sensación de que el legado de Sarmiento, aunque grande, nunca triunfará del todo. La moderna identidad de los argentinos surgirá probablemente de un eterno conflicto entre los defensores de los modelos occidentales y entre los partidarios de las pautas nacionales, si bien a veces un poco «bárbaras». Algunos periodos oscuros de la historia argentina del siglo XX recordarán claramente que un argentino moderno seguía siendo hijo tanto de Sarmiento como de Rosas.

¿Dos modelos totalmente distintos?

Sin tener la menor intención de poner en tela de juicio el hecho de que las soluciones de Rosas y de Portales del problema llamado la «Construcción del Estado» diferían muchísimo entre sí en varios aspectos, creemos conveniente advertir que pese a todas las diferencias sí que existen unos cuantos puntos comunes entre el modelo argentino y el chileno. Por ejemplo, la tardía llegada de la

democracia real —con unas elecciones auténticas, no manipuladas— en los últimos años del siglo XIX es, según nuestra opinión, una de las consecuencias del hecho de que, a pesar de todas las disimilitudes incuestionables entre el comerciante-burócrata de Portales y el gaucho-caudillo de Rosas, sus ideas y gestiones políticas en varios puntos fundamentales coincidían. Los dos estaban firmemente convencidos de la urgente necesidad de un gobierno central que estuviera dispuesto a sofocar sin misericordia cualquier intento de conseguir más autonomía por parte de las regiones periféricas y amenazar con una posible fragmentación la compactibilidad del Estado. Los dos creían, al fin y al cabo, en una misión histórica de las minorías selectas —selectas, no electas— que deben guiar al pueblo y desempeñar el papel de las élites gobernantes en lugar de depositar una tarea tan seria e importante como es dirigir al Estado y a la sociedad en manos de unos electores poco educados, irresponsables y veleidosos.³² En este aspecto el autoritario abierto y machista de Rosas y el pequeño Richelieu —o tal vez más bien el Padre José— chileno, a propósito gris y moviéndose siempre más bien entre bastidores, se habrían entendido perfectamente.³³ Sus modelos políticos sencillamente no contaban con una verdadera democracia aunque es cierto que Portales, a diferencia de un Rosas totalmente escéptico, afirmaba, quizás sinceramente, que en un futuro más o menos lejano podría conseguirse tal ideal.³⁴ Parece que las condiciones sociales, económicas y

³² Recordemos que el mismo Bolívar dijo una vez a su amigo Francisco Iturbide: «Tengo la democracia en los labios y —se llevó la mano al corazón— la aristocracia aquí» (Johnson, 1992: 579).

³³ Recordemos que cuando aún a finales del siglo XX Fidel Castro proclamaba axiomas como: «Todo está permitido dentro de la revolución, nada fuera de ella» (Thomas, 1991: 22), es decir, principios muy semejantes a lo que repetía el Gran Hermano orwelliano, muchos intelectuales latinoamericanos, incluidos los próceres como García Márquez, aplaudían.

³⁴ Merece la pena subrayar el hecho de que el mismo concepto de democracia en el mundo latino tenía históricamente ciertos rasgos específicos. A veces más que un Estado de derecho y unas reglas de juego bien definidas y cumplidas vale un contacto directo del líder con las masas populares. Recordemos que el dictador español de los años veinte del

políticas que reinaban en general en América Latina a lo largo del siglo XIX y que en realidad imposibilitaban el funcionamiento de una auténtica democracia desviando el poder hacia un gran tropel de dictadores, oligarcas y gobernadores autoritarios, eran más fuertes que las muy pronunciadas diferencias de carácter, de pensamiento y de estilo entre el Gaucho y el Comerciante. En resumen, tanto los chilenos como los argentinos experimentarán la democracia tan solo después de que se agotaran y desaparecieran definitivamente los sistemas políticos creados por Portales y Rosas.³⁵ Igualmente es muy curioso observar el vaciamiento ideológico de los dos modelos políticos cuando las ardientes consignas poco a poco se van convirtiendo en puras bambalinas teatrales en una obra que se rige por un guión platónico acerca de las élites destinadas por la misma Providencia a dirigir los destinos del país. Rosas ante el público juega el papel de un federalista empedernido mientras que en la política práctica es más unitario que cualquiera de sus opositores. El sistema portaliano se vanagloria de unos presidentes vestidos en bonitos uniformes que se comportan como unos patriarcas situados fuera, si no incluso por encima del juego político vulgar de los partidos, como profesionales apolíticos, como personajes justos, imparciales, encarnaciones vivas de la justicia (a Manuel Montt se le apodaba el «hombre ley»), con todo lo cual sin embargo

siglo XX, Miguel Primo de Rivera, rechazaba «la calificación de *dictatorial* para definir a su régimen [...] incluso llegó a denominarlo como una *dictadura democrática*». Y como añade Genoveva García Queipo: «A pesar de ser dictador, Primo de Rivera procuraba mantener un contacto periódico con las masas populares» (García Queipo, 1985: 8).

³⁵ Y hay que subrayar que incluso a lo largo del siglo XX la democracia en Chile y en Argentina adoptará unos rasgos bastante específicos, sobre todo en comparación con los modelos políticos del mundo occidental-liberal. Entre las «Veinte verdades del peronismo», formuladas por Perón en 1950, se encuentran semejantes axiomas que seguramente no tienen mucho que ver con los principios de la tradicional democracia anglosajona: «1. La verdadera democracia es aquélla donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende un solo interés: el del pueblo. 2. El peronismo es esencialmente popular. Todo círculo político es antipopular, y por lo tanto no es peronista. 8. En la acción política, la escala de valores de todo peronista es la siguiente: primero la Patria, después el Movimiento y luego los hombres» (Iturrieta, 1990: 41-42).

contrasta drásticamente la regular, intensa y a veces bastante asquerosa manipulación de las elecciones precisamente a la cual estos próceres debían sus cargos.

En los últimos cien años los dos países vecinos han coincidido unas cuantas veces en sus andanzas históricas. Un reformismo verbalmente muy radical, no obstante más bien vago en el campo de las realizaciones concretas aparecía en las trayectorias políticas del argentino Hipólito Yrigoyen y del chileno Arturo Alessandri. A ambos lado de los Andes podemos encontrar unas excursiones ligeramente mesiánicas al reino utópico de un «Estado de obreros y trabajadores», la Argentina de los Perón en versión populista, el Chile del «marxismo humanitario» encarnado en el fascinante personaje de Salvador Allende. Los dos países pasarán por un período extremadamente oscuro y sangriento cuando las juntas militares acabarán por unos cuantos años no solamente con la democracia y el Estado de derecho, sino incluso con los principios básicos de la sociedad occidental moderna. Y los dos pueblos luego, después de la caída de dichas dictaduras, tendrán que enfrentarse con su nefasto legado, pasarán —y en algunos aspectos probablemente aún están pasando— por el muy difícil proceso de la redemocratización al igual que por la dolorosa experiencia de ajustar las cuentas con su propio pasado. Sigue pendiente la pregunta de si estos capítulos comunes, a veces parecidos, a veces casi idénticos, representan una pura coincidencia, o si han sido determinados, de alguna manera, por la herencia de distintos, pero también parcialmente parecidos sellos históricos que en sus tiempos habían imprimido al pueblo argentino y chileno sus Padres Fundadores: el Gaucho y el Comerciante, Juan Manuel de Rosas y Diego Portales.

Referencias

Alén Lascano, Luis C. (1997) *Rosas, «el gran americano»*. Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas: Buenos Aires.

- Arias, Enrique Desmond; Goldstein, Daniel M. (eds.) (2010) *Violent democracies in Latin America.* Duke University Press: Durham.
- Barba, Fernando E.; Mayo, Carlos A. (compiladores) (1997) *Argentina y Chile en la época de Rosas y Portales.* Editorial la Universidad Nacional de La Plata: La Plata.
- Barbera, Carlos A. (2008) *El seductor de las pampas: reseña biográfica de don Juan Manuel de Rosas.* Dunken: Buenos Aires.
- Bravo Lira, Bernardino (1994) *El absolutismo ilustrado en Hispanoamérica: Chile (1760-1860) de Carlos III a Portales y Montt.* Editorial Universitaria: Santiago de Chile.
- Busaniche, José Luis (1967) *Juan Manuel de Rosas.* Theoria: Buenos Aires.
- Ciria, Alberto (1971) *Perón y el justicialismo.* Siglo XXI: Buenos Aires.
- Delgado Martín, Jaime (1988) *Juan Manuel de Rosas, presidente de los porteños y señor de los gauchos.* Anaya: Madrid.
- Díaz-Trechuelo López-Spínola, María Lourdes (1988) *Bernardo O'Higgins, el padre de la patria chilena.* Anaya: Madrid.
- Drake, Paul W. (2009) *Between Tyranny and Anarchy: a History of Democracy in Latin America, 1800-2006.* Stanford University Press: Stanford.
- Dumrauf, Clemente I. (1996) *Rosas y San Martín: coincidencias, solidaridad, aprecio.* Biblioteca Popular Agustín Álvarez: Trelew (Arg.).
- Etchepareborda, Roberto (1972) *Rosas: controvertida historiografía.* Pleamar: Buenos Aires.
- Faundes, Juan Jorge (1994) *Diego Portales: Dossier de un estadista.* Zig-Zag: Santiago de Chile.
- Ferro, Gabo (2008) *Barbarie y civilización. Sangre, monstruos y vampiros durante el segundo gobierno de Rosas.* Editorial Marea: Buenos Aires.
- Frías Valenzuela, Francisco (1994) *Manual de Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1973.* Zig-Zag: Santiago de Chile.

García Queipo, Genoveva (1985) *Primo de Rivera*. Información y Revistas: Madrid.

Gelman, Jorge (2005) *Rosas, estanciero. Gobierno y expansión ganadera*. Capital Intelectual: Buenos Aires.

Graham-Yooll, Andrew (1997) *Rosas visto por los ingleses*. Editorial de Belgrano: Buenos Aires.

Halperín Donghi, Tulio (1985) *Historia de América, 3. Reforma y disolución de los imperios ibéricos 1750-1850*. Alianza Editorial: Madrid.

Hernández Ponce, Roberto (1974) *Diego Portales, vida y tiempo*. Editorial Orbe: Santiago de Chile.

Iturrieta, Aníbal (ed.) (1990) *El pensamiento peronista*. Editorial Ediciones de Cultura Hispánica: Madrid.

Johnson, Paul (1992) *El nacimiento del mundo moderno*. Javier Vergara Editor: Buenos Aires.

Lastarria, José Victorino (1973) *Portales, juicio histórico*. Editorial del Pacífico: Santiago de Chile.

Lewis, Paul H. (2006) *Authoritarian Regimes in Latin America: Dictators, Despots, and Tyrants*. Rowman & Littlefield: Lanham.

López Sarabia, Felisberto (2007) *Juan Manuel de Rosas: el caudillo y su tiempo*. Libertador: Buenos Aires.

Lucena Salmoral, Manuel (coord.) (1998) *Historia de Iberoamérica, Tomo III, Historia contemporánea*. Ediciones Cátedra: Madrid.

Lucena Salmoral, Manuel (1989) *José Gervasio Artigas, gaucho y confederado*. Anaya: Madrid.

Luna, Félix (ed.) (1999) *Juan Manuel de Rosas*. Planeta: Buenos Aires.

Lynch, John (2001) *Argentine caudillo: Juan Manuel de Rosas*. SR Books: Wilmington.

Lynch, John (1992) *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*. Oxford University Press: New York.

Madariaga, Salvador de (1951) *Bolívar*. Editorial Hermes: La Ciudad de México.

Mainwaring, Scott; Scully, Timothy R. (eds.) (2009) *Democratic governance in Latin America*, Stanford University Press: Stanford.

Malamud, Carlos (1992) *América Latina, Siglo XX. La búsqueda de la democracia*. Editorial

Síntesis: Madrid.

Malamud, Carlos (2005) *Historia de América*. Alianza Editorial: Madrid.

Malamud, Carlos; Martínez Segarra, Rosa; Pardo, Rosa; Sepúlveda, Isidro (1993) *Historia de América (Temas didácticos)*. Editorial Universitas: Madrid.

Martínez Díaz, Nelson (1996) *El peronismo*. Información y Revistas: Madrid.

O'Donnell, Pacho (2001) *Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial*. Planeta: Buenos Aires.

Peeler, John A. (2009) *Building democracy in Latin America*. Rienner: Boulder.

Ravignani, Emilio (1970) *Rosas: Interpretación real y moderna*. Pleamar: Buenos Aires

Rock, David (1988) *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Alfonsín*. Alianza Editorial: Madrid.

Royo, Amelia; Guzmán, Martina (eds.) (2002) *Rosismo y peronismo. De los interrogantes historiográficos a las respuestas ficcionales*. Editorial Nueva Generación: Buenos Aires.

Scheina, Robert L. (2003) *Latin America's wars. The age of the Caudillo, 1791-1899*. Brassey's: Washington.

Schneider, Carsten Q. (2009) *The consolidation of democracy: comparing Europe and Latin America*. Routledge: New York.

Ternavasio, Marcela (2005) *Correspondencia de Juan Manuel de Rosas*. EUDEBA: Buenos Aires.

Thomas, Hugh; Vayssièvre, Pierre; Orozco, Román (1991) *La revolución cubana*. Información y Revistas: Madrid.

VV. AA. (1979) *Diego Portales, bosquejos de su vida y su obra* Círculo Portaliano: Santiago de Chile.

Villalobos, Sergio (2005) *Portales, una falsificación histórica*. Editorial Universitaria: Santiago de Chile.

Wilgus, A. Curtis; d'Eça, Raul (1964) *Latin American History*. Barnes & Noble: New York.

El ‘problema indígena’ y la construcción de la nación en Bolivia y Ecuador durante el siglo XIX: la perspectiva de las luchas por la hegemonía

Edwin Cruz Rodríguez*

Abstract

This document analyses the Building-Nation hegemonic projects carried out in Bolivia and Ecuador in the Nineteenth Century, and it also wrangles the idea that indigenous people were excluded from their already formed ‘nations’ to show the ways these groups were articulated to the independence Creole Nation project, as well as for the Liberals Nation-formation project in the second half of the XIX century. It also addresses the ways in which the Indians attempted to participate in their nations-building project. Both Nation-building projects articulated indigenous groups passively. The Creole national project intended to integrate them through turning these indigenous groups into ‘citizens’ but just giving this merely status, while the Liberal Project aimed to ‘civilize’ banishing their communal life social practices and depriving them from their landholding. One of the arguments in this article is the one

* Candidato a de doctor en Estudios políticos y relaciones internacionales de la Universidad Nacional de Colombia. Docente auxiliar del Departamento de Ciencia Política en la misma institución.
ecruzr@unal.edu.co